

Dialogando con nuestros lectores

Los tratamientos psicoanalíticos y la moral

Marcelino Zalba S. J.

Profesor de Moral del Colegio Maximo de
Oña (España)

*Tan de moda como está hoy el psicoanálisis
¿qué hemos de pensar de él los católicos?*

La psiquiatría presenta en su tratamiento dos problemas principales: uno, puramente psicológico; el otro, psicológico-moral. No necesitamos detenernos en demostrarlo; basta consultar la conciencia profesional. Porque "el hombre dentro del médico, en lo que tiene de más serio y más profundo, no se contenta con examinar desde el punto de vista médico lo que puede intentar o conseguir; quiere también ver claro en la cuestión de las posibilidades y de las obligaciones morales" (1)

Al considerar los tratamientos psicoterápicos desde el punto de vista moral, vamos a descartar no sólo los indirectos, de persuasión y sugestión por ejemplo, que no ofrecen problemas especiales para un médico honesto sino también los psicosomáticos. Nos limitaremos a los psicoanalíticos. Y aun dentro de estos, principalmente a la forma freudiana del psicoanálisis.

(1) Discurso al primer Congreso internacional de histopatología del sistema nervioso, publicado en *Acta Apostolicae Sedis*, órgano oficial del Papa, 44 (1952) 780. Citamos brevemente: DCH seguido de la página.

NOTA DE LA REDACCION.—Juzgamos oportunísima la publicación del siguiente artículo para este mes de Agosto en el que está convocado un Cursillo de Siquiatría, del 16 al 20, en el Colegio de Belén, Habana, Cuba. Estará a cargo de profesionales acreditados por su solvencia moral, elevada especialización y larga práctica en el tratamiento siquiatra. Las clases durarán cada una 60 minutos más 20 minutos destinados a la discusión. Se tendrán solamente a la mañana para que las tardes queden reservadas a reuniones informales, asistencia a películas científicas y consultas particulares.

PRINCIPALES PROBLEMAS EN LA PRACTICA DEL PSICOANALISIS

El Psicoanálisis, recibido en un principio con justa reserva en los medios católicos, ha adquirido notable desarrollo en los últimos decenios, establecida la debida distinción entre freudismo dogmático y estudio de la psicología profunda. Y la moral católica, que admite siempre cualesquiera datos bien comprobados de la vida real, acepta con gratitud todo análisis debidamente practicado de los estratos profundos del psiquismo humano, y aplaude todo esfuerzo leal por lograr, fortificar o restablecer el equilibrio interno de los hombres, sin meterse a juzgar sobre la eficacia de tal o cual método analítico, ni sobre su eficacia para una disminución o supresión de los síntomas de una neurosis. Sólo reprueba, con la Iglesia, lo que va contra la verdad o está en pugna con el orden moral.

El 10 de abril de 1952 daba cuenta la Associated Press de un artículo escrito por un prelado de la Curia Romana, Mons. Felici, quien formulaba como resumen este juicio, que llenó de angustia a pacientes y psiquiatras de conciencia cristiana: "Es difícil excusar de pecado mortal al que adopta el método curativo del psicoanálisis y se somete a él" (2)

Aunque el artículo no tenía valor oficial ni oficioso, se hacía sumamente deseable una orientación de la Santa Sede, y una distinción entre los diversos métodos psicoanalíticos. Las vino a dar el propio Romano Pontífice en el discurso que pronunció el 14 de septiembre de aquel mismo año ante los participantes en el Congreso internacional de histopatología del sistema nervioso. Al referirse a los límites que los métodos de investigación y los tratamientos médicos encuentran en el paciente, ilustró su pensamiento con estas palabras:

"He aquí otro ejemplo (de los límites impuestos por la jerarquía de valores y de los bienes particulares dentro de un mismo orden): para librarse de represiones, inhibiciones, complejos psicológicos, el hombre no es libre de despertar en sí, con fines terapéuticos, todos y cada uno de estos apetitos de la esfera sexual que se agitan o se han agitado en su ser. . . Para el hombre y el cristiano existe una ley de integridad y de estima personal de sí mismo, que prohíbe sumergirse tan totalmente en el mundo de las representaciones y de las tendencias sexuales. . ." (3)

Posteriormente, dirigiéndose al V Congreso de psicoterapia y de psicología clínica, glosó ampliamente la actitud fundamental que se impone al psicoterapeuta cristiano (13, IV, 1953), sintetizándola en la siguiente fórmula:

"La psicoterapia y la psicología clínica deben considerar siempre al hombre: como unidad y totalidad psíquicas; como unidad estructurada en sí misma; como unidad social; como unidad transcendente, es decir, con tendencia hacia Dios". (4)

Con estos dos discursos a la vista, podemos encerrar los principales problemas morales del psicoanálisis en los siguientes puntos: 1)

(2) Bolletino del Clero Romano 4(1952) 114.

(3) DCH 783.

(4) Citamos brevemente esta alocución, publicada asimismo en Acta Apostolicae Sedis, con las iniciales DCP. La referencia de la llamada está en la pág. 279.

psicoanálisis y freudismo; 2) psicoanálisis y ética cristiana; 3) psicoanálisis y dinamismo sexual; 4) psicoanálisis y dinamismo religioso. Hagamos un breve comentario de cada punto.

1) PSICOANÁLISIS Y FREUDISMO: El psicoanálisis freudismo, con su concepción estrecha de los trastornos neuróticos y de la estructura del hombre, capitis-disminuido en su parte noble y principal, es inadmisibles, en razón tanto de objetividad científica como de ortodoxia doctrinal y sana moral. Lo mejor que puede ocurrir con él es lo que le auguraba hace unos meses el Dr. Maraón, según referencia de la prensa diaria: "abrió valiosos caminos a la ciencia psiquiátrica, pero el psicoanálisis (freudista) está condenado a desaparecer en los próximos veinte años".

Son muchas las generalizaciones temerarias que, con ocasión de algunas observaciones, tal vez mal interpretadas en sí mismas, y desde luego insuficientes para una inducción, hace Freud con pasmoso aplomo. Y muy problemáticas, cuando no manifiestamente falsas, las causas que señala en fuerza de sus prejuicios a las psiconeurosis. Y verdaderamente temerarias y frecuentemente absurdas sus cábalas, que no merecen otro nombre, sobre el valor de la moral y la naturalza del sentimiento religioso. "No tengo necesidad de hacer su historia ni de comprender su mecanismo psicológico para saber que, si me sustraigo a un deber actual y concreto, soy menos hombre y valgo menos. El ingenuo no es en este particular el hombre sencillo que reconoce de golpe el carácter absoluto y sagrado de un deber, sino el sabio que se imagina que la ciencia puede demostrar que el deber es una ilusión". (5)

Respecto del freudismo pansexualista, en cuanto se contradistingue del psicoanálisis en general, la Iglesia ha pronunciado su veredicto: "No se ha probado y es inexacto que el método pansexual de cierta escuela sea una parte integrante indispensable de toda psicoterapia seria y digna de este nombre...; que sea urgente colmar esta laguna e iniciar a todos aquellos que se ocupan de las cuestiones psíquicas en las ideas directrices y aun, si es preciso, en el manejo práctico de esta técnica de la sexualidad" (6)

Así, pues, la Iglesia lamenta, junto con los abusos posibles, las desviaciones reales a que ha llevado el uso habitual del método exclusivamente sexual. (7) Y desea, además, que se estimen en su junto valor los "tratamientos indirectos" y "la acción del psiquismo consciente sobre el conjunto de la actividad imaginativa y efectiva". Esto no sólo porque está convencida de que la avocación a la consciencia de las tendencias reprimidas no basta para curarlas por la sublimación o sin ella, sino porque en la labor subsiguiente, de esclarecimiento, educación y vigorización de la personalidad del paciente, es de todo punto necesaria la

(5) Y. de MONTCHEUIL, *Freudisme et psychanalyse devant la morale chrétienne: Mélanges théologiques* (Paris 1949, p. 203).

(6) DCH 73.

(7) El comentario de L'Osservatore al discurso pontificio dirigido al Congreso de histopatología decía que "estas ideas se encuentran propuestas y defendidas imprudentemente en artículos, libros y conferencias, incluso por ciertos teólogos, que, más preocupados del aspecto médico, traspasan las normas establecidas por la moral cristiana".

acción conjunta del psicoanalista y del director de conciencia, cada cual en su puesto, para lograr una cura completa, psíquica y moral. Esto no quiere decir que el psicoanálisis no aparezca en ocasiones recomendable sobre otros métodos terapéuticos y aun necesario; precisamente porque esos otros métodos, la persuasión y la sugestión concretamente, aunque en sí más racionales porque tienden a fortalecer o afirmar la personalidad, resultan a veces menos eficaces a la larga, ya que no cambiando la estructura mórbida del enfermo y no atacando directamente la raíz de sus trastornos, están siempre expuestos a éxitos precarios y relativos.

2) **PSICOANÁLISIS Y ETICA CRISTIANA.** No siendo ni la ciencia que se busca en beneficio de la humanidad doliente ni la salud del enfermo los valores más altos, es menester que entrambos se sometan a las reglas morales superiores, cuando estas desautorizan una investigación o un procedimiento, por seguros que hubieren de ser sus resultados terapéuticos. Esto quiere decir que el psicoanalista no puede atender exclusivamente al aspecto técnico de su profesión, de horizontes demasiado reducidos para abarcar el campo de las acciones humanas en toda su complejidad, y de intereses particulares tal vez en pugna con leyes sagradas y con valores transcendentales. Tiene que respetar en su tratamiento varias exigencias morales, de entre las cuales queremos destacar las de mayor importancia.

a) **Psicoanálisis y unidad y totalidad psíquicas del hombre:** Por fortuna la profesión médica se va orientando cada vez más hacia la persona humana totalitariamente considerada; a cuidar o restablecer un cuerpo que estorbe menos y ayude más a su alma; a reconocer que "el constitutivo principal del hombre es el alma, forma sustancial de su naturaleza... raíz de todos sus dinamismos psíquicos con su estructura propia y su ley orgánica" (8)

Pero como el psicoanalista trata en su ejercicio sólo con enfermos, y entre ellos encuentra obstáculos frecuentes de la libertad humana, tiene que prevenirse contra el riesgo de un criterio determinista, que le lleve a concebir al hombre como un conjunto de fuerzas que mecánicamente se armonizan o se contrarían, olvidando que "el alma espiritual, dotada de inteligencia y de voluntad", es normalmente capaz de gobernar desde su puesto central las energías de las potencias secundarias". No se puede reconocer teóricamente la autonomía de la voluntad libre, para sustituirla en la realidad de la vida con la heteronomía del dinamismo instintivo, reduciendo la libertad humana a la facultad de "prestar su asentimiento interno a lo que ejecuta", pero sin poder dejar de ejecutarlo.

b) **Psicoanálisis y libertad:** Otro peligro del que debe guardarse el psicoanalista es el de "rebajar precipitadamente el hombre concreto con su carácter personal al rango del bruto", dejándolo degradado en el plano de la vida instintiva y sensitiva, e interpretando las inhibiciones del yo como un fenómeno siempre necesario ante la fuerza arrolladora de diversos dinamismos como el instinto de dominación, de superioridad y el instinto sexual.

(8) DCPF 279.

No es cierto que esos dinamismos actúan en el enfermo con tal despotismo, que lo privan completamente de la libertad o que se la merman sustancialmente en la mayor parte de los casos en que limitan su albedrío de una manera patológica; el psicoterapeuta debe proceder con gran cautela, y considerar caso por caso. Tampoco es verdad que toda inhibición del yo es mórbida y merece ser eliminada. Es una observación clásica del ascetismo cristiano, en todo conforme con la realidad de hoy, que el hombre virtuoso se sustrae por una especie de repulsión convertida en instinto a fuerza de ejercicio consciente y libre, de todo aquello que no es conforme a la virtud. Tal inhibición es evidentemente saludable; y así se debe respetar y fomentar por ejemplo el pudor que no raye en pudibundez, que es salvaguardia de la castidad, no por temor mórbido de lo sexual sino por amor equilibrado de la virtud, que lleva a emplear los medios conducentes para el fin en una auténtica jerarquía de valores.

c) **Psicoanálisis y altruismo:** Ciertas corrientes filosóficas-políticas de los últimos tiempos favorecen un altruismo sin reservas, como si esta fuera la condición natural y congénita del psiquismo, de no estar impedido en su desarrollo por un sentimiento anómalo de defensa y servicio de sí propio, que se debiera liquidar mediante una extraversión incondicional.

"Esto es un error lógico, psicológico y ético", sentencia Pío XII. Cada cual está obligado al amor de sí mismo antes que al de sus semejantes, y el mismo Jesucristo dictó como regla del amor al prójimo la caridad para con sí mismo: Amarás a tu prójimo como a tí mismo (Mc. 12, 31). "La psicología aplicada despreciaría esta realidad si calificara toda consideración del yo como una inhibición psíquica, como error, retroceso a un estado de desarrollo anterior, bajo pretexto de que se opone al altruismo natural del psiquismo". (9)

Sería, pues, un desatino estimar y exaltar hasta tal extremo el altruismo, que se echara en olvido el deber de estimarse y amarse a sí propio.

"Los psicoterapeutas, y sobre todo los psicoanalistas acogerán este punto de vista con tanto mayor interés, cuanto más saben por experiencia cotidiana hasta qué punto son incapaces de un amor sano de sí mismos, los neuróticos de su consulta". (10)

Mal puede amar al prójimo con un amor normal el neurótico incapaz de tener un sentimiento justo del propio valor, el anhelo del éxito personal.

d) **Psicoanálisis y fidelidad al secreto:** Se juzga esencial para el resultado del psicoanálisis el método de las asociaciones libres, en que el enfermo se manifieste ante el psicoanalista sin ocultar nada del curso de su pensamiento, sin ejercer ningún control voluntario sobre sus ideas y afectos, sin reparar en ningún sentimiento de pudor, vergüenza, caridad con el prójimo, sin dejar de manifestar ninguna cosa que le venga a la mente, por absurda, molesta o injuriosa que sea incluso para el mismo psicoanalista.

(9) DCP 27.

(10) L. BEIRNAERT, *L'attitude chrétienne en psychothérapie*: Etudes 277 (1953) 360.

Ahora bien, en la sucesión de las asociaciones que afluyen a la conciencia durante el tratamiento psicoanalítico, afloran también hechos, noticias, datos que conoce el analizado bajo secreto. Y de ahí surge el problema. Hay secretos de tal condición, que es necesario callarlos en absoluto ante cualquiera: tales son el secreto de confesión y el secreto profesional; tales pueden ser también otros secretos, incluso meramente naturales.

Bástenos haber dado la voz de alerta, sin meternos a fondo en el problema moral de la guarda del secreto y de las causas que excusan su revelación. Añadamos solamente que, aunque sean hechos y conocimientos secretos y replegados en el subconsciente los que provocan serios conflictos psíquicos, no siempre está permitido evocar totalmente ese inconsciente para suprimir el obstáculo a costa de la fidelidad a obligaciones que imponen el silencio: ni el psicoanalista puede tratar de hacer conscientes esos secretos, ni el psicoanalizado puede abandonarse a un pretendido automatismo en las respuestas al analizador, sino que debe cuidar reflejamente de no descubrirlos.

Por lo demás, como observa L. Beirnaert, el obstáculo que de aquí resulta para la cura, no es tan grande como puede parecer a primera vista. Hay en primer lugar un buen número de secretos naturales cuya revelación sería imposible el tratamiento analítico, que efectivamente se pueden revelar. (11) Pero, además, lo que es indispensable manifestar en orden a la cura, sin ceder a resistencias mórbidas, son los hechos que han suscitado emociones o angustias que perturban. Las resistencias no morbosas, que no se apoyan en motivos neuróticos, no interesan al médico, pues no guardan relación con los conflictos. Por eso, cuando se oculta un secreto obedeciendo a una norma de fidelidad, su salvaguarda es compatible con la regla de libre asociación en su valor clínico.

3) PSICOANÁLISIS Y DINAMISMO SEXUAL. Aunque el psicoanálisis haya recortado mucho sus exageraciones y exclusivismos pansexualistas, todavía, influye demasiado en fuerza de los prejuicios creados. Y se comprende fácilmente el problema moral que de ahí surge.

Al aplicar la técnica terapéutica a traer a la conciencia en su cáldido sabor original los conflictos inconscientes, reviviéndolos en todo su dramatismo para que pierdan su poder mórbido y queden definitivamente desarmados, se provoca una reactivación de las tendencias inconscientes de la esfera sexual. Una exploración sin límites en este terreno es inaceptable desde el punto de vista moral: luego el psicoanálisis pansexualista no sería practicable, aunque se demostrara insustituible para un tratamiento eficaz de ciertos complejos morbosos. En realidad no lo es; porque si bien el instinto sexual, firmemente arraigado en el hombre, es el origen de muchos trastornos psíquicos, el resultado de los análisis conducidos e interpretados sin prejuicios freudistas arroja un sal-

(11) "El mérito evocará por ejemplo lo que se refiere a la vida de los padres, a sus desavenencias, infidelidades etc., así como también ciertas escenas que el niño haya presenciado y que hayan producido en él una impresión violenta, rechazada después por él al inconsciente. Tales secretos deben salir fuera. Y lo mismo debe hacerse con lo que le viene al enfermo a la mente con respecto a la persona del médico, como derivación de la relación de la transferencia". Etudes 277 (1953) 362.

do relativamente reducido a favor de evocaciones, fantasmas y deseos específicamente sexuales, y estos mismos tienen no pocas veces remedio suficientemente eficaz en los tratamientos indirectos.

En el terreno de la cura psicoanalítica está desaprobado expresamente por la moral católica el método pansexual freudiano que no se recata de despertar en el analizado, "con fines terapéuticos, todos y cada uno de estos apetitos de la esfera sexual que se agitan o se han agitado en su ser y mueven sus aguas impuras en un inconsciente o subconsciente". El pudor no es ninguna inhibición morbosa de la sexualidad, sino una defensa normal de la pureza.

El hombre no es libre para "sumergirse tan totalmente en el mundo de las representaciones y de las tendencias sexuales". (12) No lo es porque una exploración sin límites ofende a su dignidad personal, que no puede mantener si no se siente capaz de realizar los más altos valores, y porque implica para el analizado serios peligros morales, de los que tiene que preservarse materialmente, si no le obliga a tolerarlos fuerza mayor.

Nuestra naturaleza caída difícilmente puede hacer de ellos "el objeto de sus representaciones y de sus deseos plenamente conscientes", sin las repercusiones que obviamente suscitan. Tales repercusiones en buena moral son siempre pecado grave como objeto directo de la intención, y no se pueden tolerar como objeto indirecto previsto, sino cuando lo justifica, con las debidas cautelas, "el interés médico y psicoterapéutico" de un paciente.

Cierto que ninguna representación de dormidas vivencias sexuales, avocada a la conciencia en un orden puramente especulativo e ideológico, es pecado en sí misma, ya que el pecado radica esencialmente en la voluntad; pero puede serlo por razón del peligro que entraña de consentir en malos deseos o sensaciones desordenadas, toda vez que no podemos mantener despóticamente una línea divisoria entre la idea y el acto, el pensamiento y el afecto.

Por lo demás, la moral católica no excluye en absoluto el tratamiento de desviaciones sexuales y neurosis graves por vía analítica, avocándolas a la conciencia. En los textos pontificios no se halla ninguna condenación de ese género, sino sólo del "modo amoral de conducirse en la aplicación de la cura" (13), y del exclusivismo por el que se pretende negar eficacia al tratamiento indirecto, con tenerla con frecuencia más que suficiente.

4) PSICOANALISIS Y DINAMISMO RELIGIOSO. Una alusión a las cuestiones que en la práctica psicoanalítica se relacionan con el problema religioso y con el cumplimiento de las leyes morales.

a) **Dinamismo religioso:** La psicología de Jung y de su escuela ha dirigido su atención a "un dinamismo que, radicado en las profundidades del psiquismo, empujaría al hombre hacia el infinito", en un im-

(12) DCH 783.

(13) L'Osservatore romano, 21, IX, 1952: A propósito di psicoanalisi.

pulso afectivo el más fundamental y el más elemental del alma. Nada tiene que reprochar la moral a la psicología de las profundidades, porque pretenda observar, analizar y reducir a sistema científico el contenido del psiquismo religioso, con tal de que se mantenga firme "que las religiones, el conocimiento natural y sobrenatural de Dios y de su culto no procede del inconsciente o del subconsciente ni de un impulso afectivo, sino del conocimiento claro y cierto de Dios, por medio de su revelación natural y positiva". (14) Pío XII vislumbra, incluso con alborozo, las ventajas que para el conocimiento de Dios, como origen y fin del hombre, pueden seguirse de esa investigación, que, bajo este punto de vista, no ofrece problema moral y viene a ser la confirmación de la frase famosa de S. Agustín, que pone en Dios el centro de gravedad del psiquismo humano: "Nos hiciste para Tí, y nuestro corazón está inquieto (psíquicamente perturbado) hasta que descanse en Tí". (15)

b) **Sentimiento de culpabilidad:** En cambio el sentimiento de culpabilidad, la conciencia de haber violado una ley superior, "puede convertirse en sufrimiento e incluso en perturbación psicológica". Esto sucederá algunas veces "por un sentimiento de culpabilidad irracional, hasta patológico", pero otras será por "conciencia de una falta real que no ha sido borrada".

En el segundo caso es incuestionable que no habrá curación "con ningún tratamiento puramente psicológico". Aunque el psicoterapeuta niegue la culpabilidad real, y el culpable logre suprimir ese sentimiento, "la falta queda, y la psicoterapia se engañaría y engañaría a los demás, si por borrar el sentimiento de culpabilidad, pretendiera que la falta no existe ya. El medio de eliminar la falta no depende de algo puramente psicológico; consiste como todo cristiano lo sabe, en la contrición perfecta y en la absolución sacramental del sacerdote". (16)

Pero aun en el caso primero, en que el sentimiento de culpabilidad sea irracional y patológico, aunque como mórbido cae bajo el tratamiento del psiquiatra, difícilmente logrará éste sólo una cura completa. El fenómeno es de carácter primariamente religioso, el proceso de conciencia que engendra la culpabilidad tiene una estructura demasiado personal y demasiado delicada, para que las almas creyentes lo resuelvan con tratamientos puramente psicológicos. Si el secreto sacramental no fuera inviolable, los confesores podrían suministrar muchas pruebas de ello.

c) **Pecados materiales:** En la práctica terapéutica se descubren con frecuencia pecados materiales, sea como actos impulsivos que se imponen, sea como alucinaciones que deslumbran, presentándose como absolutamente buenos. Pero también "estos actos se apartan del modelo divino", y ante ellos el médico "no puede permanecer neutral". Por de pronto nunca puede aconsejar lo que es pecado, aunque solo sea material. Pero, además, debe tratar de extirpar los actos pecaminosos: y aunque puede tolerar con un discreto silencio lo que de momento sea ine-

(14) DCP 284.

(15) Confesiones 1.1 cap. 1 n. 1.

(16) DCP 28.

vitale, al señalar la norma de conducta respecto de esos actos, lo único que podrá recomendar positivamente será el modo de conducirse en ellos para que resulten menos nocivos, incitando por lo demás a superar los, con la debida circunspección para no aumentar la angustia morbosa: "Si le ocurre esto otra vez, aunque ya sabe que debe procurar eliminarlo porque no es normal, es preferible que se conduzca de tal manera para evitar tal inconveniente". Así no se entorpece la cura, y se respeta negativamente la ley moral.

En conclusión, la posición de la moral católica respecto al psicoanálisis no es ni estrecha ni incomprensiva. Admite que "dentro del orden ético pueden hacerse en el campo psicoanalítico incluso nuevas y más profundas investigaciones y nuevos experimentos" para la cura natural del enfermo, respetando al director de conciencia el tratamiento sobrenatural; no reprueba ni siquiera "el tratamiento psicoaterapéutico de las neurosis sexuales", reclamando tan sólo respeto al orden ético, a la jerarquía de valores, a los límites que estos imponen a nuestras acciones, a la verdad que corrige prejuicios y falsas interpretaciones: asegurado este respeto, la moral aprueba, estimula y aplaude el psicoanálisis, y le agradece los beneficios que ha logrado para una valorización más objetiva de los impedimentos del acto humano y para una orientación más sistemática y acabada de la dirección espiritual, que, gracias a él, puede ordenar mejor las observaciones y datos que sobre los dinamismos inconscientes ofrecía en forma dispersa la literatura ascética de los siglos pasados.

Al terminar, una brevísima digresión al narcoanálisis. Como el hipnotismo, es un procedimiento psicoanalítico artificial, y hace "una especie de versión abreviada por la farmacología, del psicoanálisis", en frase de López Ibor. Es asunto de los mismos psiquiatras el estudiar si la narcosis deja al analizado en condiciones aptas para un resultado objetivo. Desde el punto de vista moral, supuesta la aquiescencia del cliente o de sus representantes legítimos por un acto de consentimiento verdaderamente libre, no hay reparo alguno para el análisis médico en puro servicio del enfermo, al revés de lo que sucede o puede suceder tratándose del narcoanálisis judicial.

